

También de ellas asido, entonces triunfa
Del filo de la Parca inexorable
El nombre afortunado que de apoyo
Les fuera un día y se gozó con ellas.

Vos lo fuisteis. Asilo generoso
Vuestra mansión á las errantes Gracias,
No ya seguridad, templo lograron,
Y culto, y votos, y ara permanente;
Donde en almo retiro, y al silencio
De la nocturna paz, ofrendas dignas
Nuestra mano á las diosas tributaba.
Jamás su umbral de la proterva turba
Hollado fué, ni bárbaro bullicio
De las almas estólicas osado
Entró á su penetral, ni turbar pudo
Los augustos misterios, incorrupto
De contagio plebeyo, conservaban
Noble y decente el inspirado aliento
Del vate que al oráculo subía.

¡Oh! ¡Cuánto en esto vuestro firme juicio
Lució! ¡Cuánto el decoro de las Musas
Dendur os fué de su esplendor durable!
Juglar lisonja ó risa truanesca
No las envileció. No mercenarias
A insípido deleite ó gusto necio
Su voz torcieron y el acento ilustre,
Vencedor de la muerte y del olvido.
El donaire gentil, la sazónada
Gracia, y el chiste y la agudeza nobles
Allí de los ridículos abusos,
Del vicio y la maldad vengar solían
A la pura virtud y ciencia ingenua,
Siempre alabadas y oprimidas siempre.
Triunfaba la razón; que sin su imperio,
¿Qué vale el hombre ni su mente altiva?
Juguete vano á pasajeros gozos
Estéril vivirá; cual pompa frágil,
Que el otoño á los árboles desnuda.

Volved la vista á los oscuros fastos
De la próxima edad, cuando burlesco
Bajo bufon, ó campanudo número,
Vagaba Apolo en la región nublada
Del iberio Parnaso. ¡Cuántos genios
Del corrompido gusto arrebatados,
Cuánto espíritu grande, cuánta gloria
Perecieron errando en las tinieblas,
Risa de Europa, oprobio de la patria!
Vigor inútil en espeso bosque
No así cubre de rústico ramaje
La inculta tierra, cual creció pomposa
En hórrido follaje y silva ingrata
Del genio hispano la virtud fecunda.
Tal es, claro mancebo, de las artes
La perpleja fortuna, y de su influjo
Pendientes van en lazo indestructible
La ignominia ó la gloria de los pueblos.
Ellas ilustran en edad ilustre,
Y en vil edad deshonoran y envilecen.
Y el alto ingenio, que en los faustos días
De saber y grandeza á los remotos
Siglos traslada de su gente el nombre
Envidiado y famoso; si la suerte
A ridículos tiempos le destina,
Traslada sólo, en sus conatos vanos,
Materia infausta á la irrisión futura.
Mas no, no imputa al desgraciado genio
Sus vicios y su error el limpio voto
De la posteridad. Lamenta, llora
La pérdida fatal de ilustres mentes,
Que para honor de los mortales cria
Nunca prodigo el cielo. Al inhumano
Disfavor la gran pérdida atribuye;
Y maldiciendo del poder idiota,
Indignada le silba y le escarnece.

De tal riesgo irá exenta, irá segura,
Discreto amigo, á los eternos bronces
De la inmortalidad vuestra memoria:
Y allí grabada en el metal luciente
Al lado de los inclitos varones
Que arribaron cual vos al arduo asiento,
Lección será y estímulo animoso
Al poder venidero, al negligente

Poder, si ó yace estúpido en letargo,
O se afana sin tasa, y se desvela
Para adquirir infamia inextinguible,
Premio de la ignorancia. Ni se aparta
De vos la fama en la carrera breve
Que mide este vivir, en cuyo lustre
La perpleja opinión fiera domina.
Por vos, si cuelga en la festiva escena
De mis versos el pueblo numeroso,
Y suspenso y alegre me corona
Con larga aclamación y aplauso ufano;
O si Mirtilo en números mejores
Los abusos retrata, y de sí mismo
Hace que el pueblo á su pesar se burle,
Y adora luego el rayo que le hiere;
Por vos tal lauro nuestras frentes cifre;
Y por vos la razón no ya medrosa
Se calza el zueco, y con despejo pisa
La áun no purgada escena. Aplauso vuestro
Es nuestro aplauso; y ¡cuál más glorioso,
Si debe un día á vuestra mano España
Limpio de horrendos monstruos su teatro,
A su lustre y honor restituidas
De la virtud la escuela deliciosa,
Y el aula de las gracias apacibles,
Que deleitando y encantando enseñan?
Crecza así vuestra gloria entre las artes
De la divina paz; y ¡ah! ¡pueda tierno
Prorumpir cuando os vea el pueblo hispano:
«Allí va el padre, el bienhechor benigno
De las tímidas ciencias. Por él alzan
La faz gozosa, y plácidas y bellas
La virtud en su imperio restituyen,
Y el nombre de su patria immortalizan.»

SÁTIRA CONTRA LOS VICIOS INTRODUCIDOS EN LA POESÍA CASTELLANA (1).

*Suspiciōe si quis errabit sua,
Et rapit ad se quod erit commune omnium,
Stultē nudabit animi conscientiam.*
PHÆDR., lib. III, in Prol.

Éste era mi deseo: ser muy sabio,
Llevar mi fama al contrapuesto polo,
Hacer colgar los hombros de mi labio,
Robar el plectro al inflamado Apolo,
Y lograr el renombre de poeta
Más brillante que el polvo del Pactolo.
¿A qué Tiron la adulación no inquieta,
De la futura gloria premio vano,
Que al obstinado estudio le sujeta?
La noche apenas al desvelo humano
Brindaba con su paz, y á los mortales
Dulce apartaba del trabajo insano;
Negado al blando sueño, los umbrales
Del aposento lóbrego me hallaban,
Do puesto di á mil nombres inmortales.
Los senos de la tierra descansaban,
En un silencio universal sumidos,
Que ni los blandos céfiros turbaban;
Y yo, en doctas vigiliadas consumidos
Los momentos de paz, hasta la aurora
Dilataba el trabajo á mis sentidos.
Atónito tal vez con la sonora
Trompa del que no tiene patria cierta,
Me inflamaba entre la lumbre que atesora.
Hallábase tal vez en la encubierta,
Si grave usurpación del Mantuano (2),
Que al gentil imitar abrió la puerta.
Docto Catulo, Horacio sobrehumano,
Y el que el Pontó humanó con su blandura.

(1) FORNER escribió esta sátira á los veinticinco años de edad, siendo profesor de jurisprudencia en la universidad de Salamanca. Fué premiada por la Academia Española, en junta celebrada el 15 de Octubre de 1782.

Las notas son del mismo FORNER.

(2) Es bien sabido que Virgilio fué un admirable imitador de Homero, Macrobio empleó todo el libro v de sus Saturnales en manifestar la destreza de sus imitaciones.

Más dulce cuanto al bien menos cercano,
Al solícito ingenio, donde apura
Su conato el saber, más llana hacían
La del Parnaso inaccesible altura.
Las obras al deseo respondían;
Que aunque medroso, emulación y gloria
La pluma entre los dedos me ponían.
¡Y logré, por ventura, meritoria
Hacer solicitud tan desvelada,
Por más que guie á la inmortal memoria?
En números la voz aprisionada
Me lleva á la prisión de la miseria,
Si mi razón no acude apresurada;
Que, cierta ya del gusto de su Hesperia,
Me abdicó de la suerte de mi genio,
Dando á mi estudio interesal materia.
En vano fia en el favor Cilenio
La heredada pobreza hallar socorro,
Que avive el fuego en el ardiente ingenio.
Apláudese lo escrito, por el corro
Resucena la alabanza; mas ninguno
Cubre el aplauso con dorado forro;
Y el misero poeta, poco ayuno
Del viento del aplauso, lo va acaso
Del sustento á sus fuerzas oportuno.
No fué jurisperito Garcilaso,
Y oprimiérale el hambre, si en sus gentes
No hallara patrimonio, ó fuera escaso.
Astrea, que huyó al cielo, hace prudentes
Por vanas imprudencias del recelo,
Que inventó los dominios diferentes;
Y aquel que obliga á descender del cielo
La inspiración divina que le inflama,
Es en poco tenido acá en el suelo.

Detesta la maldad, la virtud ama,
Sus dones acredita, y cuidadoso
Recomienda su precio, y los derrama.
Este no es ejercicio provechoso:
Al caudalico estruendo se someta,
Y esfuerce los delitos animoso;
Que si tuere la ley cuando interpreta
Su espíritu flexible, y por la suma
Del oro abriga un vicio, no es poeta.
El irá descansado, por su pluma,
En el hinchado coche, y en sus arcaas
Creerá la moneda cual la espuma.
¿Cuán poco debe á las fatales Parcas
Quien de ellas, al nacer, recibe el fuego
Del aliento, que canta á los monarcas!
Hará inmortal, en el divino pliego
Que dictaron las Musas, al magnate
Que disipa la plata en vano juego;
Y no podrá alcanzar un vil rescate
De su necesidad, del que sus perros
Regalará con indio chocolate.
Con todo, en mi sufriera yo estos hierros,
Por ver siquiera hambrienta á toda lira,
Que intima al gusto y la razón destierros.
No el cielo á muchos el fervor inspira,
Que hace divino al vate, y se descubre
A cada paso quien en sí le admira.
Cual suele saeudir el fresco Octubre
La lluvia de las hojas que desprende,
Y dellas los desnudos campos cubre,
Que si corre enojado el viento, y hiende
La esfera clara, á oscurecerla llega
La innumerable suma que desciende:
No menos abundante el orbe anega
La poética turba que le oprime,
Que á todo trance su furor despliega.
Este canta su amor, aquél le gime
Trabajos al Estado convenientes,
Con que se aumente su poder y anime.
Tal se calza coturnos eminentes,
Que ofrecen un bufon al gran concurso,
Consejero de reyes muy prudentes.
¿Pues qué el que trueca á su escritura el curso,
Y del soberbio zueco se apodera,
Para mostrar la pompa en el discurso?
Allí es ver cómo esgrime y acelera
Su lengua en la oración régia y altiva
La airada majestad de una ramera.

II, PS.-XVIII.

¡Oh! tú, cualquiera á quien benigna priva
La suerte del calor que nos endiosa,
Cuando la mente su agudeza aviva;
Si envidias un furor que no reposa,
Y eres tan infeliz que le descaas,
Porque en aplauso universal rebosa:
Antes forzado á pretender te veas
Con mérito y sin sombra en la gran corte,
Donde viven con hambre las tareas;
Do el prepotente empeño es fijo norte,
Que lleva al puerto á que seguro aspira
Quien sabe cuanto el adular importe;
Donde aunque insta en el trabajo, y mira
Al bien común el rústico estudioso,
Al fin con canas y hambre se retira.
Primero, doctamente perezoso,
Por no saber ganar un grave paje,
Arcaduz del esclavo poderoso,
Sufras llorando el inhumano ultraje
De ver á tus estudios preferido
Un charlatan, que adula con buen traje;
Antes logres renombre de sufrido
En este triste género de afrenta,
Bien por el gran Cervantes conocido,
Que hacer número intentes en la cuenta
Del bando que en forjar versos malditos
Su edad consume y su saber ostenta.
Hiciera Dios no fuesen infinitos;
Pero el arte de Apolo es insolente,
Y produce más vanos que peritos.
¡Dió crédito al aplauso indiferente
Del officioso vulgo un don Faustino,
Que le busca ó le pide ansiosamente?
Basta así: ya su espíritu es divino,
Sus versos lo serán, y aun su lucerna
Ya á la divinidad se abre camino.
No fué la de Cleantes más eterna,
Bien ya en el Pesianacto esclareciese (1)
La ley que al hombre en el vivir gobierna.
Versos ha de escribir mal que nos pese,
Y mal que pese al arte no habrá caso
En que su voz no acuda y se atraviese.
¿De algún señor la esposa pare acaso,
Como acostumbran todas, al noveno?
Al punto sale nuestro Mevio al paso,
Y muy colmado de entusiasmo, y lleno
De sibilino ardor, nos pronostica
Que el niño tiene traza de ser bueno:
Las glorias venideras le publica,
Y si el niño se escapa al otro mundo,
Al fin valió la adulación que aplica.
¡Oh negra musa, de saber inundo,
Que va á hacer, por medrar, sus cumplimientos
A las obras de un útero fecundo!
Pero, ¿suplelo, al fin, los pensamientos?
No allí elección, no riguroso juicio,
Que castigue los vanos ornamentos.
Crece en los versos injurioso el vicio,
Cual la pompa en la vid de fruto escasa,
Y pródiga del verde desperdicio;
Y aun si fuera excelente, aunque sin tasa,
La sufriera el varon contentadizo,
Que llanamente por lo bueno pasa.
Rara vez un talento satisizo
A la oreja de Apolo: una excelencia
Menos notables los defectos hizo.
Túvulos el de Mantua en competencia
Del que formó guerreras las deidades (2),
Ridícula invención de antigua ciencia;
Pero neutrales siempre las edades
Futuras, sus bellezas admiraron,
Sin hacer hincapié en las poquedades.
Los versos que divinos ser hallaron,

(1) Pesianacto era el nombre peculiar del Pórtico, ó Stoa, en que enseñaba Zenón, y dió nombre á su secta. Cleantes, cuya lucerna quedó en proverbio, le sucedió en la enseñanza, la cual versaba principalmente sobre la moral.

(2) Nadie niega que hay defectos en la *Enéida*, á pesar de Escaligero. Macrobio destinó un capítulo para probar que Virgilio imitó hasta los defectos de Homero, y esto es lo que indica la sentencia del terceto.

Y nombraron los siglos posteriores,
Al autor que los hizo no agradaron;
Y estima un miserable por mejores
Los suyos, y prorumpen enfurecidos,
Si con él no ven todos sus primores.
Sé que nunca un poeta he conocido
(Y he conocido muchos) que no entienda
De sí ser el más docto y entendido,
Y así salen los frutos de la hacienda,
Que adulándole el grito de la fama,
Hacer procura que su nombre extienda.
Escribe mucho, y cuanto escribe ama:
Publicalo sin tiento, y á la envidia
Luégo achaca las críticas que llama.
Lidia con fieras quien con hombres lidia
Que se tienen por fértiles, mostrando
Su frente los desiertos de Numidia.
Vocean todos; que el dichoso bando
De aquellos á quien ama el docto número,
Se deja apenas ver de cuando en cuando,
Y todos entre tanto se presumen
Destinados al bando venturoso,
Probándolo las resmas que consumen.
Proscribales un verso poco airoso
Por lánguido, vacío, tardo ó duro,
El amigo censor dulce y juicioso.
Primero sobre sí llame el conjuro
De un vengativo á su venganza atento,
Que el ceño claro del poeta oscuro.
Le hará ver que es el Pindo su aposento,
Y en él juntas las Musas elocuentes
Le inspiran grave y sonoro acento.
Alegará que oyeron sus sirvientes
El reprendido verso, y le admiraron.
¡Jueces de gran razón é indiferentes!
Que dos profundas damas le aprobaron,
Doctas en el frances y en geometría,
Y que cuatro peinados ya inventaron;
Que un abate, gran hombre en geografía,
Le alabó la pureza castellana,
Citándole un frances que así escribía.
Razon completa, que la suya allana,
En tiempos que el dialecto de Toledo
Se estudia en la leyenda galicana.
¿A qué pobre censor no pondrán miedo
Testimonios tan graves y excelentes?
Cruzarás los labios con el dedo,
Y reputando así por eminentes
Sus lices nuestro ufano mentecato,
Porque le emulen las futuras gentes,
Hará que abra Carmona su retrato,
O que un lienzo avivado por Maella
Cuelgue en su habitación junto á Torcuato.
Con tal gusto, ¡qué mucho si descuella
El arte, y de la cítara española
La perfección, ya consumada, sella?
De aquí aquella abundancia que enarbola
Sobre toda nación sus estandartes,
En nuestra escena respetada y sola:
Acciones concertadas de cien partes,
Cuya unidad no pasa de mil años,
Segun requieren aprobadas artes.
¿Por qué ofenderá tanto á los extraños,
Que el arte ignoran del exacto Lope,
Nuestra traza en los cómicos engaños?
¿Tan gran pecado es que vea en Jope
Embarcarse una reina el circunstante,
Y luégo luégo en Tetuan la tope?
« Señor, que no ha pasado un solo instante:
En el arte son siglos bien contados.
Horacio lo reprueba: es ignorante.
» ¡Oh! vos, gran Calderon, si mis cansados
Discursos no tomáis acaso á enojo,
Pues son tantos los vuestros venerados,
» Responded: si en el arte el grande arrojo
De escribir sin concierto se mantiene,
¿Ese arte en qué se funda? En el antojo.
» Laónica respuesta, y que conviene
Bien con la autoridad de la persona,
Que asegurada ya su opinión tiene.
» Mas la naturaleza, que pregona
Sus leyes inviolables, quejaráse,

Si á su verdad la ejecución no abona.
» *Quien tal pronuncia sin comer se pase,*
¡Oh oráculo sagrado! yo dijera
(Sufrid que á replicaros me propase)
» Que en vez de escribir mal, otro eligiera
Término á su vivir, pues que el sustento
No está solo en el fin de esa carrera.
» *El vulgo ha de tener divertimento:*
Es necio, y neciamente se divierte.
Diviértase en buen hora: es justo intento;
» Pero no ayude yo, cuando pervierte
La opinión de la patria, á pervertilla,
Si excede un tanto á la vulgar mi suerte.
» Fuera de que, si es necia la cuadrilla
De la plebe infeliz, del sabio el cargo
Es afeár el error que la mancilla;
» No el dar por dulce lo que en sí es amargo,
Ni aumentar al doliente la dolencia
Con indulgente ó con infiel descargo.
» Pero ¡oh cuánta es del vulgo la paciencia!
Cuando con tanta ve que á su ignorancia
Se atribuye la cómica impudencia.
» Aquel que no distingue la distancia
Que hay del arte al capricho, sólo aprueba
Lo que no hace al deleite repugnancia:
» En lo agradable se embelesa y ceba;
Para él éste es el arte, otros ignora;
Aplaudirá á Terencio si le eleva,
» Y arrojará á Carcino con sonora
Salva de agudo silbo, si del templo
No ve salir el héroe que colora (1).
» Quizá más de lo justo me destemplo
En replicaros ya; pero en la Grecia
Me está llamando el memorable ejemplo;
» En cuyos espectáculos la necia
Turba, de quien acá sin luz bastante
Se cree que el arte y la razon desprecia,
» Desde que de la máscara el cambiante
Esquilo hizo mejor, y heroicamente
La acompañó de espíritu elegante,
» Acostumbrada al arte, é insolente
La oreja con el juicio de su ciencia,
Mofó lo escrito mal, é impertinente.
» Tal vez suele ser útil la insolencia,
Y contra los poetas necesaria,
Y aún así se ve en ellos resistencia.
» España, en producir extraordinaria,
Dió tragedias con arte un tiempo á Roma,
Y es hoy, si ella las tiene, opinión varia.
» En la invención sin repugnancia doma
Al resto de la tierra. ¿Por qué injusta
Tanta amplitud en disponer se toma?
» ¿Por qué, oh gran Calderon, á la robusta
Locución y al primor del artificio
No unió sus leyes la prudencia justa?
» La diestra plebe, como en propio oficio,
A atender lo excelente acostumbrada,
Notára luégo y repugnára el vicio.
» De este modo fué Grecia amañestrada,
Y fuéralo mi España tambien de éste,
Si pluguiera á una musa venerada.
» Si á la tuya indiscreta, aunque celeste,
Pluguiera, oh Lope, que corrió sin freno,
Puesto que un grado á tu opinión le cueste.
» ¡Oh! ya siquiera de tu ingenio ameno
Recibiera la patria esta ventura,
Que apartára lo propio de lo ajeno:
» Siquiera, acreditando su cultura
Como un necio imitar acreditaron,
Siguieran los demas la senda dura:
» Aquélla, digo, que observando hallaron
La razon y la astuta perspicacia,
Que en cada cosa el sér investigaron.
» Prudente así, y en aplaudir reacia
La plebe, no hoy de mártires bufones
A celebrar corriera la eficacia (2);

(1) El habérselo olvidado á este trágico griego hacer salir á Anfitrión de un templo á vista del espectador, de donde se le suponía salir, fué causa de que se le silbase la tragedia. Tanta era la delicadeza que reinaba en el vulgo de Atenas.

(2) Poco antes que se empezara á escribir esta *sátira* se representó

» Ni aprobára los míseros centones,
Donde extranjeras frases adulteran
La habla de los Saavedras y Leones;
» Que hay hoy ingenios que enmendar esperan
La corrupción del arte, corrompiendo
La majestad que respetar debieran.
» Tales, tales perjuicios padeciendo
Está, ¡oh buen Calderon! por vuestro antojo,
La nación que burlásteis escribiendo;
» Y tales sufrirá con el sorojo
De tocar su dolencia incorregible,
Mientras que el sol se nos descubra rojo.
» Si el autor, á quien todo le es posible,
No alguno nos envia que desmiembre
Portentoso este daño irresistible.»
» *Paso, sí, que no estamos en Diciembre,*
Ni su celo es romano, ni él mi esclavo,
Para que impune las injurias siembre,
Si es justo el celo, su designio alabo:
Mas expresar con desvergüenza el celo,
Por qué ha de hacerse, de entender no acabo:
¿Querrá el don Delicado que al desvelo
Del poético ardor se una la fuma,
Que el arte induce, comprimiendo el vuelo?
Pues sepá el ignorante que se extrema,
Dando en el vicio opuesto, como tonto,
Que nunca tiene el medio en su poema.
Cuando yo ardiente en mi hipogrifo monto,
Y le hago ir en parejas con el viento,
Aunque pez sin escama, vivo y pronto,
¿Privaré al auditorio del contento
De ver cuál se despena una doncella,
Por dar á toda la arte cumplimiento?
¿Y en dónde hay arte como ver aquella
Belleza ir de peñascos en peñascos
Rodando, sin que el golpe la haga mella?
¿Vestir las lagartijas de damascos (1),
Y que ocupen el monstruo cristatino
De ochenta naves los pintados cascos?
Desengáñese, y crea que el camino
De acertar á agradar es el que enseña
Enredo no creíble y peregrino.
La imitación de la verdad no empeña,
Ni es muestra de agudeza en tiempo, cuando
La verdad, por inútil, se desdena.
La antigüedad me opone, levantando
Sus obras, y hay defectos garrafales,
No menos en Aquiles que en Orlando.
Porque, como aquel duerme en sus reales
Casi hasta el fin, y en su quietud porfia,
Sin que le duelan los arcos males (2),
¿No hará Moreto que la tropa pia
De los siete en un punto pase y duerma
Doscientos años en la gruta fria?
¿Sufriráse en Homero hallar enferma
Una deidad, y deshonestá á Juno,
Dejando la ara de su Simo yerma,
Tramar dolos á Júpiter, y en vino
Yacer con él hasta dormirle, en tanto
Que cumple sus propósitos Neptuno (3);
Y en mí será delito que en el manto

en Madrid con mucho aplauso la comedia de *Los Siete Durmientes*, obra de Moreto, disparatadísima. Su unidad de tiempo pasa de doscientos años, y el gracioso es uno de los siete, con nombre de Serapion.

(1) Calderon, describiendo un sitio ameno en una comedia, puso estos versos:

Baja por un peñasco
El lagarto vestido de damasco.

En lo que creen algunos que se le olvidó distinguir el color.

(2) El mayor defecto que se ha imputado á Homero es haber tenido á Aquiles encerrado en su tienda casi hasta el fin del poema, sin obrar en la mayor parte de él. Si Homero hizo esto, ¿por qué Moreto no podría hacer que su drama comprendiese doscientos años? De tales disculpas suelen valerse los que defienden la corrupción del arte.

(3) Pitágoras solía contar á sus discípulos que había visto en el infierno á Homero ahorcado de un árbol, en pena de las maldades que había atribuido á los dioses. A la verdad, si en esto hubo alguna ciencia simbólica, los símbolos eran bien poco decentes. El pasaje á que se alude aquí, que está en el libro xiv de la *Iliada*, desde el verso 159, es más para leído que para copiado.

De una frágil mortal esconda el vicio,
Que él descubrió en los inmortales tanto?
Reforme, pues, ó recupere el juicio,
Y entienda que en el arte del agrado
El rigor siempre sufre sacrificio.
Triunfe, pues, el antojo: al adorado
Teólogo teatral yo respondiera,
Si á mi hubiera su arenga encaminado;
Que si de la enseñanza que pudiera
Lograrse entre el sabor del regocijo,
Se carece en la cómica quimera,
Se ve por eso, en recompensa, fijo
Mantenerse en el aire un gran palacio,
Fábrica de una maga y escondrijo.
Allí aprende la plebe, si despacio
Los maderos caminan por el viento,
O si con brevedad corren su espacio.
Hácese recto así el entendimiento,
Y no hay como expresar cuanto se aila
La virtud en lo extraño del portento.
Pues ¡qué, si perlas y esmeraldas hila
La estéril abundancia del poeta
En los hechos que finge ó recopila?
¿O si es parcial de la moderna seta,
Ver como mete en boga un terminillo,
Que pudiera ilustrar una gaceta?
A entrar en pormenores no me humillo,
Ni he gustado jamas de hacer detalles:
Mi estilo siempre fué bajo y sencillo.
Dejo el teatro, y en diversas calles
Métome, pues, y paso á conceptista,
Ya á las cúpulas cante, ya á los valles.
Guíame el buen Gracian en la conquista
De este imperio sutil, y pido á Febo
Un ingenio veloz y anatomista.
Préstame sus vestigios el Erebo;
Y por no dar su nombre á cada cosa,
Será toda metáfora mi cebo.
Tus mejillas ¡oh Silvia! serán rosa,
Y rosa que arda sobre helada nieve,
Formando amor union tan prodigiosa.
Si lloras, cantaré que el cielo llueve
Perlas de sus luceros celestiales,
Que el fuego de mi fe consume y bebe.
Si te peinas, diré que los raudales
De tu castaño golfo surcan bellas
De un ebúrneo bajel puntas iguales.
Embozarán tus párpados estrellas;
Que aunque no tienen niñas, y es constante
Que excede al de este globo el bulto de ellas,
Diez mil leguas de luz clara y brillante
Bien caben en tu frente peregrina,
Que aún del orbe solar se puede Atlante.
¿Te ries, Silvia? Pues á fe que inclina
A más de seis bellezas veteranas
Habla que tan de veras desatina.
Bien sé que tú á escucharla no te allanas,
Ni tampoco por ella trocarías
La que articulan hoy bocas livianas;
Que si se han de aprobar habladurias,
A adulteradas frases no sutiles
Prefieres puras sutilezas mías.
Pero unas y otras en tu juicio viles
Comparecen, y nace, segun creo,
De que son tus espíritus viriles.
Jamás tú consentiste que un deseo,
Torpe en sí, con los números disfrace
El fin á que encamina su rodeo.
Traslada al verso su malicia, y hace
Que se lea más vivo en el afeite
Lo que en sí aún sin ornato satisface.
Añade incitamentos al deleite,
Que ya incita por sí: vela, y se esmera
En guarnecer el fuego con aceite.
La arte en tanto inocente, de sincera,
Casta y grave matrona, es convertida
En infame ó adúltera ramera;
Con docta obscenidad prostituida,
Sabiamente lasciva, y de mil modos
Armando lazos á la honesta vida.
¿Por qué ya no enuadernan los beodos
Volumenes de versos admirables,

Donde se aplauda la embriaguez á todos?
No son, no, los del Teyo despreciables;
Pero únicos al fin, y que no ofrecen
Ejemplo á inteligencias miserables.
¿Qué vale la virtud en donde crecen
Amores, celos, ruegos, esperanzas,
Tósigos que la enervan y adormecen?
Poner á las virtudes asechanzas
En público, al poeta sólo es dado,
Sin miedo de jurídicas balanzas.
Pero, por fin, que pierda enamorado
El precio de las horas en canciones,
En que cuenta que llora un gran barbado,
¿Al público qué importan sus pasiones,
Para que, por sonar bien razonadas,
Las divulgue y repita en impresiones?
Aprovechen, ocioso, en las armadas
Tus obras, cuando opriman al Britano:
Por mí serán entonces celebradas.
Por concertar un pensamiento vano
Pasarás cuatro noches en vigilia,
Del todo inútil al linaje humano;
Y porque goces tú con tu familia
Próspera paz, ¿no velarás dos horas
Con el monarca que tu bien auxilia?
O ya que involuntario te acaloras,
Sintiendo en tí el comercio de los cielos,
¿Por qué el torpe sujeto no mejoras?
Adopten una vez esos desvelos
La persuasión de la verdad, ó alaben
La gloria militar y sus anhelos;
Vibren endecasílabos, que acaben
Con el lujo servil, que nos corrompe,
Y con los vicios sus contiendas traben.
De un lado á la casada, que interrumpe
La quietud del esposo por las galas,
Que á toda costa desperdicia y rompe;
De otro acometa á las soberbias alas
De la snelta doncella, que se entona,
Porque empina el cabello á empires salas;
De Andrómaca dirás que es la persona,
Si enmitrada la miras por la frente,
Cuando el monte de gasas la corona.
Con prohijado pelo hace eminente,
Tal vez sobre una calva venerable,
El greñado edificio impertinente.
Quien debe al cielo inspiración afable,
Oyendo los vocablos de la moda
(Diccionario, ó risible, ó execrable),
¿A cantar sus sandeces se acomoda,
Sin que el mimico lujo le conmueva,
Que ocupa á la nación un tiempo goda?
Ea, que no.... mas si, que nunca ceba
Su colmilluda sima, áun cuando hambriento,
El lobo en otro que su especie lleva.
Si las ropas, los rizos y el unguento
Me ofrecen un poeta femenino,
En quien el sexo de hombre está violento,
¿Cuál será de sus versos el destino,
Sino el deleite impuro, el que profano
Dilata á la lascivia el vil camino?
¿Oh entendimiento, entendimiento humano!
¿Para esto el gran vigor te es concedido,
Que al Criador inmortal te hace cercano?
De esta causa, no de otra, han procedido
Romances y sonetos á millares,
Plaga que nuestra lengua ha padecido.
Mas, por dicha, ellos son tan singulares
En amor filosófico, que dejan
Incomprensibles siempre sus lingares.
Grande ventura, que al lector aquejan,
Si entenderlos procura, tan de gana,
Que más sus manos ya no los manejan.
Es muy temible á la miseria humana
La molestia, y la evita hasta en sus gustos,
Si en sus gustos le oprime y amilana.
Leerá, si claros son, versos adustos;
Y dejará deleites tenebrosos,
En cuya oscuridad recela sustos.
Tal fin tengan por mí los amorosos,
Ya escolásticas églogas animen,
Ya celebren zagales venturosos,

Me matan dos pastores cuando esgrimen
Dialécticas ternezas, ingiriendo
Suspiros metafísicos que gimen.
Tales los hay, que pintan con horrendo
Estrépito de voces tempestades
Que al trágico espantáran más fremendo.
Cercado de sencillas soledades,
O simple morador de ruda aldea,
Donde áun viven desnudas las verdades,
¿De quién esa elocuencia, que apedrea,
Heredaste entre gruesos alcornoques,
Patria apenas de un ave que gorjea?
No sufre, no, la abarca los retoques,
Que pulen el coturno: su oro deja
Antes, Sileno, que el desprecio toques;
Que, si notarlo quieres, no apareja
A un rústico del noble el aparato
Sin la burla del pueblo que moteja.
No es por ventura tan molesto el trato
Del que todo lo funda en antiguallas;
Aunque ¿á quién podrá ser del todo grato?
Porque ¿qué tengo yo con las murallas
De Tébas, que me obligue en todo trance
A rogar la virtud de levantallas? (1).
Tántalo ha de salir en cualquier lance
De imposible esperanza, ó devaneo,
Que al deseado objeto no dé alcance.
Mi sueño siempre al cargo de Morfeo;
Gentílico mi nombre, no cristiano,
Que el parecerlo en verso es caso feo.
Llamarme Mario, porque fué tirano,
Es caso muy honesto; ¿pero Pedro?
No es nombre de pontífice pagano.
La oliva de Minerva agobia al cedro
Del Libano, y el hecho es tan donoso,
Que poco en fama, si lo evito, medro.
¿Oh tres y cuatro veces venturoso,
Tú, Maron, á quien nunca de Francisco
Usar el bronco nombre fué forzoso!
Titiro el zagal era de tu aprisco
En los campos de Mantua, cuando Roma
Despeñó reyes del Tarpeyo risco;
Y el mío será Titiro, aunque coma
Pan castellano, y sus cabrillas paste
Cerca del Tajo en extremeña loma.
Fábula griega en español engaste:
Si esto solo del vulgo me retira,
Daráme Ovidio el material que baste;
Que si lo que no entiendo, más admira
La ignorancia, antiquísimos dislates
Sé yo, que por saberlos no suspira.
¿Oh tú! si no mi Píldes, mi Acates,
Ya con constancia belerofontea
La diva amistad sube sus quilates.
No por su bella Andrómada rodea
Sobre el alado bruto de Medusa
El semidios á la serpiente fea
Con tanto ardor, como encendido excusa
Mi pecho tus defectos Aragnéos,
Si bien Discordia de su poma usa.
Dios me libre, mi amigo, de rodeos
Tan rancios, cuando hubiere de decirte
Que tu fe no responde á mis deseos.
Esto, más que obligar, fuera inducirte
A huir de mí cien leguas asombrado,
Cual de hombre que intentase maldecirte.
Tal procuro yo hacerlo, cuando hinchado
Me acomete el que culto grecizante
Vive en su misma patria desterrado;
Que el que sobrellevar pueda un pedante,
Que, por hablar latino corrompido,
Abandona en su idioma lo elegante,
Bien merece renombre de sufrido,
Y sufrirá á un señor de nueva estofa,
A excelsa dignidad recién subido.
Tal vez se encuentra quien la causa mofa
De este decir, y á Góngora desprecia,

(1) *Dictus et Amphion Thebanus conditor arcis
Saxa movere sono testudinibus, et prece blanda
Ducere quo vellet.*

Porque en él sin recelo filosofa.
Quien juzga así, con equidad no aprecia;
Porque ¿qué culpa tiene un yerro sabio
De que le imite la caterva necia?
¿Oh rebaño servil! ¿Por qué en mi labio
No sufres la elocuencia de Cratino,
Libre y pronta á cualquiera desagravio?
Si autoriza á algún grave desatino
El nombre de un varón, á quien la fama
Venera en sus aciertos por divino,
El siervo imitador, ciego á la llama
Que luce en el acierto, torpemente
Remeda sólo el vicio que le infama:
Y esto si acaso imita, porque hay gente
De quien se dice con loor que imita,
Cuando roba y usurpa abiertamente.
No contrahace la piedra el que la quita
De otro anillo, y al suyo la traslada,
Porque á distinto cerco la remita.
Hubo en cierta ciudad harto nombrada
Un pintor, cuya mano merecía
Más al favor que al gusto ser buscada.
(Merecen así muchos todavía;
Y si el mundo caduca, según dicen,
Tal arte de ser hábil no se enfria.)
Pues como sus amigos solemnecen
A nuestro gran pintor, y á todas gentes,
Para que acudan á su mano, alicen,
Movido de alabanzas tan frecuentes,
Le buscó en su oficina un hombre grave,
Cuyo rostro era grato á unos ausentes.
Ofrecióle el pintor, en cuanto cabe,
La admirable destreza de su mano
Con parola abundante y voz suave.
Le sentó, con precepto soberano
De no mover el rostro á alguna parte,
So pena de emplear su ciencia en vano.
Dijeras que copiaba de Anaxarte
El fabuloso vulto bien diez horas,
Que obrando estuvo el retratista en su arte.
Al cabo de las cuales, con sonoras
Voces, dando de mano á sus barnices,
Y echándola á unas hojas cortadoras,
«Tened, dijo, Señor: vuestras narices
Cortaré, y pegarélas en mi obra,
Pues no pueden copiarlas mis matrices.—
»Si así imitais, la habilidad os sobra»,
Respondió el retratado; y desnudando
El instrumento que el honor recobra,
«Tambien yo sé copiar (añadió, dando
Con él en tierra) como vos, amigo:
Vedlo; y dejó al pobrete vocando.
Si en esto estriba el retratar, yo digo
Que retratará así de buena gana
Al bando imitador, que aquí persigo.
Pase por fin, si el pensamiento gana,
Como en las manos del divino Laso
Los de latina cítara ó toscana;
Que si mejora de sentido el paso,
Y en el robo aparece más amable,
Pulir lo tosco no es culpable caso.
Si un concepto vulgar hago admirable,
O le subo de punto, que me estime
Mi lengua este favor es razonable.
Ni se hallará tal necio, que lastime,
Que acicale el menor de los Leonardos
La cruda espada que el de Aquino esgrime (1).
Mas convertir en toscos los gallardos,
Hurtar empeorando, y con abinco
Velar para imitar versos bastardos,
¿Quién no dirá que á aqueste en todos cinco
Falta el comun sentido, y dar debiera
Desde su patria á Zaragoza un brinco?
¿Sarna de ser autor! si se apodera
Tu prurito de un seso de alcornoque,
¿Qué novedad de su invención se espera?
No leerá original, que no provoque
Su furia de escribir, ni obra aplaudida,

(1) Bartolomé Leonardo de Argensola es en muchos lugares de sus sátiras un excelente imitador de Juvenal. Éste fué natural de Aquino, como él mismo lo expresa. (*Sátir.* III, v. 819.)

A cuya imitación no se desboque.
¿Prestó naturaleza con debida
Templanza la viveza al gran Quevedo,
Que al satírico equivoco convida?
La alabanza comun llamó el remedo
De la turba, y cundió el perverso estilo
En tanto grado, cual decir no puedo.
Lo que era gloria en el jocoso filo
De la picante sátira, ó en juego,
Que á argumento vulgar debe su hilo,
Con furor indecible pasó luego
Al teatro, á la lira: hasta las aras
Oyeron en equívocos el ruego.
Amor, celos, contentos, prendas claras,
Loores, á un vil juguete encomendados,
Con cuantas cosas en el mundo hay caras,
Pusieron en tinieblas los sagrados
Nombres que al Tajo, al Turia, al Manzanares
Cantaron sus dulcísimos cuidados.
Derribó la ignorancia los altares
De la simple belleza, que esparcía
En triste soledad tristes pesares:
Y en tanto que en el tráfico se oía
Del tumulto civil la voz hinchada
De una turba infeliz, que se aplaudía,
La belleza, á los bosques desterrada,
Cual sombra errante en solitaria selva,
Gritaba su infortunio lastimada.
¿Qué buzo podrá haber, que desenvuelva,
Aunque al Delio socrático se apele,
Y á empresa tan difícil se resuelva,
Metáforas inmensas, con que suele
Desmentir sus sentencias el tumulto,
Que tanto al gusto acrisolado duele?
Si á entender no te das, poeta oculto,
Di ¿para quién escribes? Si á adivinos,
Den á tu lobreguez ellos indulto.
Mis sentidos, á fe, no son tan finos;
Ni jamás fui político profeta,
Que señala á los reyes sus destinos.
El que de altos ministros interpreta
La voluntad, y por el oro alcanza
Que será suyo el puesto que le inquieta;
Quien anda cuidadoso en la tardanza
Del ajeno vivir, porque previene
Que aquella dignidad en sí afianza;
Quien adula al magnate, porque tiene
Por cierto que será así preferido
Al fiel sirviente, que á adular no viene;
El que se hace escritor, bien persuadido
Que, si no por sus letras, á lo menos
Será por sus culaces aplaudido;
Genios de este jaez, que así de ajenos
Sentimientos disponen, son sin duda
Para aclarar enigmas los más buenos.
Si para la virtud, á ellos acuda
Quien pretenda saberlo; que hombres tales
Traen siempre en boca la verdad desnuda.
Por mí, nací á la luz en tan fatales
Días, que áun ahora en contemplarlo vierto
El humor por los poros en raudales.
Cuanto vicio ha imitado ó descubierto
La corrupción en tiempos diferentes,
Que en algo se apartaron del acierto;
Metáforas hinchadas, insolentes
Traslaciones, equívocos, agravios
De las leyes más simples y prudentes,
Conceptos que conservan los resabios
De la árabe dialéctica, que aplican
Al de Estagira los flamantes sabios,
Y cuantos extravíos perjudican
Al docto poetar, en sus entrañas
Las obras de aquel tiempo multiplican.
No traman más sutiles las arañas
Sus telas, que tramaron sus sonetos
Graves copistas de las dos Españas.
Hasta velos claustrales de discretos
Se preciaron, y votos virginales
Cantaron sus amores en cuartetos....
Pero ¿á qué efecto renovar los males
Curados ya tal vez? Nos son, empero,
Dañosas todavía sus señales,

Ellas son, ellas son el asidero
Del maligno extranjero que nos odia,
Tras debernos aplauso al extranjero.
¡Quién le podrá arrancar la palinodia,
Si para hacerse fuerte en todo caso
Tiene aquellos defectos en custodia?
Tiénelos no menores su Parnaso;
Pero no es el de España, rudo suelo
De quien hacer mención no quiso el Taso.
Nuestra edad en el improbo desvelo
Del estudio no funda las noticias,
Que ilustran y eternizan un cervelo.
En breve Diccionario coleccionas
Mil ciencias epilogan el trabajo,
Y son á los Narcisos más propicias.
Cuanto hay del Ganges al dorado Tajo,
O cuanto desde el austro á los triones,
Sábía naturaleza en sí contrajo,
Lo comprende en cortisimas lecciones
Un don Lindo, que emplea veinte meses
En saber ajustarse los calzados.
Allí toman su origen los reveses,
Que al salvaje español tiran y vuelven
Abates italianos muy corteses (1).
Cortan, hienden, deciden y resuelven
Como pudiera Apolo, y con tal juicio,
Que siempre nos condenan, nunca absuelven.
La invención, la prudencia, el artificio
No son dones del suelo de Trajano;
Los Sénecas ya dieron de ello indicio.
Español fué el Marini, no italiano,
Y el buen Manuel Tesoro es punto fijo
Que nació bajo el cielo castellano (2).
¡Italia producir un tan vil hijo,
Que en todo sutílize vanamente,
En reiterar sofismas muy prolijo!
¡Calumnia abominable é impudente,
Cuando á su clima da la astrología
El influjo del signo más prudente!
Acá sólo domina guerra impía,
Impresión del sañudo Sagitario,
Silvestre signo de estación sombría (3).
Tras esto, si no esparce ni un diario,
Ni ostenta dictadores á manadas,
Que sojuzguen el mundo literario;
Si sus obras científicas, fundadas
Van siempre en las noticias primitivas,
No en las pedantemente alfabetadas;
Si no expone ningunas abortivas,
O espurias, ó monstruosas, como cuando,
¡Oh gran Cuadrío! de trágicos le privas (4);
Si ser docto no quiere, amontonando
Colecciones de inciertas colecciones,
O en todo vagamente salpicando;
Si llenan solidísimas razones,
No leves epigramas, sus escritos,
Raciocinios, y no declamaciones;
Careciendo de tales requisitos,
El suelo que dió patria al buen Lucano,
¿Cómo tendrá poetas exquisitos?
Peligroso ejercicio y muy cercano

(1) Las contiendas que se han suscitado, y continúan en Italia, sobre la literatura española, han dado ocasión á estos tercetos. Los abates Tiraboschi y Bettinelli son los mantenedores de nuestra ignorancia.

(2) Hoy día llaman en Italia *marinesco* al estilo que peca en demasiada floridez y sofistería. El caballero Juan Bautista Marini le llevó en los versos á un punto inaccesible; pero en la prosa los nuestros, que se reputan por sutilísimos, todos juntos no equivalen á un conde Manuel Tesoro.

(3) Cuando había astrólogos en el mundo, enseñaban que el signo de Sagitario era el dominante en España, y le atribuían las cualidades de silvestre, sañudo, guerrero y otras que ellos entendían maravillosamente. Los italianos, que atribuyen nuestra inclinación á sutílizar á la naturaleza del clima, debieran averiguar si aquel signo tiene también la cualidad de sutílizar.

(4) El abate Francisco Javier Cuadrío, ex-jesuita, que ha escrito la *Historia universal de la poesía*, dedicando una *particela* especial del tomo III, en que trata de la tragedia, para dar noticia de las de los chinos; tragedias que, según él, no sólo no guardan regla alguna, pero ni aun tienen sucesos trágicos (*tragic event*), no se ha dignado colocar á los españoles ni aun siquiera junto á las tragedias sin sucesos trágicos de los chinos. ¡Raro discernimiento de historiador!

Al más triste, á la fe, es el ejercicio
Que el cielo favorece con su mano;
En España, el más grande sacrificio
Que hacer puede á la patria un varón fuerte,
Si ni aun al extranjero halla propicio.
Yo el genio de hacer versos á la suerte
Debi; pero si el sabio la domina,
El genio inclinarme hasta la muerte;
Mas yo sabré enfrenar lo que me inclina.

SÁTIRA CONTRA LOS VICIOS DE LA CÔRTE.

Cansado estoy de pretender, Camilo:
¿Qué haré? Tú, ya en la corte veterano,
Sabes sufrir el perdurable estilo;
Yo, bisoño y muy lánguido, me afano,
Y nada logro, aunque las horas pierdo,
Dándolas al bullicio cortesano.
Por más que de los libros no me acuerdo,
Y por más que, adulando á todo paje,
Crédito busco de entendido y cuerdo;
Por más que, docto en simular, relaje
Al engaño la boca, mi justicia
No me saca del grado de salvaje.
Me persigue sin duda la malicia,
Pues no me dan un puesto cuando adulo,
Sobre no ser mi vicio la codicia.
Visito, ruego, imploro, me atribulo,
Hago mil reverencias, aunque malas,
Que al fin nunca es muy diestro el disimulo.
Duermo, si es menester, en antecelas
Diez horas, por lograr un buen momento;
Que Mercurio en mis pies calzó sus alas.
Y ¡ve si justamente me lamento!
Tan gran lista de méritos, amigo,
No me saca de misero y hambriento.
¡Ríete, socarrón, de lo que digo!
Me río: ¿quién lo estorba? Vos, hermano,
Teneis traza de ser siempre un mendigo.
Trocado de escolar en cortesano,
La hilaza descubris á cada instante,
Y ostentando humildad, sois inhumano.
Vos, muy lleno de ciencia y muy pedante,
Si esperando á rogar á un poderoso
Veis que hácia un charlatan vuelve el semblante,
Como si fuera en él caso forzoso
Escuchar con agrado á un hombre sabio,
Y arredrar con desprecio á un mentiroso;
Dando otro estilo al indignado labio,
Ardiente el rostro y la cabeza inquieta,
De guerras escolásticas resabio,
Maldecís de la suerte que sujeta
El premio de la ciencia á la ignorancia,
Que prefiere á Platon una gaceta.
¿Que haré, pues? ¡oh Camilo! Tolerancia,
Y aprisionado el labio, al sufrimiento
Remitir del negocio la sustancia;
Alegar inmortal merecimiento
A quien no debe al mérito su cargo,
Es tañer dulce cítara á un jumento.
Ciencia profunda con estudio largo,
Y el grave meditar sobre las cosas
Que el alma elevan con gustoso embargo,
Producirán jaquecas peligrosas
Nada más; y yo sé que á tales frutos
Nadie aspira por sendas muy costosas.
La facultad de dar pide tributos;
Vos ¿qué tributaréis sino un consejo,
Moneda que ni aun sirve para lutos?
Los que ahora con soberbio sobrecejo
Cuando á rogarles vais, no lo tenían
Cuando solicitaban su manejo.
Adulaban, rogaban, sometían
Su voluntad á todo serviliente,
Y todo lo alababan y aplaudían.
El que ahora os habla hueco, pretendiente
Hablaba compungido á todo el mundo;
De allí y de aquí corría diligente.
Mostrábase en el traje casi inmundo,
Ostentación de hipócrita pobreza.
Dulce en pedir, en venerar profundo,

Pobre y veraz, ¡oh pésimo! ¡oh malvado!
Cuando colgado del fatal madro,
Veas horrible un misero aldeano,
Condenado á morir por vil ratero,
Piensa que aquel pobrete, muy lejano
De la corte, ignoró las grandes artes
De robar con imperio soberano.

Tímido y asustado en todas partes,
Femenil al dogal y al vil destino
Que fortuna á los débiles reparte;
Mas si ése, ya cadáver, el camino
Supiera á que te guio, y con mejillas
De rosa y labio indómito y canino
Supiera derramar blandas risillas
Y ostentar su vigor en regio carro,
Tú le vieras haciendo maravillas.
Allí con pompa altiva y con desgarro
De osada presunción, dictára leyes
Del Orinoco al cristalino Darro.
Halagado de reinos y de reyes,
De su estólido labio pendería
Gran multitud de racionales greyes.
A su casa el tesoro pasaría
Por virtud de su rostro y su pujanza,
Y cuanto Iberia en sus regiones cria.
¡Oh Lelio! tú eres feo, y no te alcanza
Tanta parte de dicha; á menos suerte
Naciste; pero, amigo, confianza;
Que no debe, no debe el varón fuerte
Desfallecer en el heroico intento.

No puedes ser adúltero, lo siento;
Feo naciste, y te privó fortuna
De arribar al supremo, al sacro asiento.
Pero ponte á alcahuete, y no importuna
Te será tu fealdad.... (2).

SILVAS.

I.

MI VENIDA Á ARANJUEZ.

Cansado, en fin, de la feroz golilla,
Y cansadas, señor, mis pobres musas
De verse entre cadenas y puñales,
Dejé los muros de la gran Sevilla,
De la ilustre ciudad donde difusas
Sus gracias derramó naturaleza
Con manos tan cabales,
Que la delicia de su fértil suelo
Cifra es dichosa del poder del cielo.
En lánguida tristeza
El misero Forner, todo postrado,
Mal estimaba los funestos días
De su vida penosa. Ni la grata
Risa del aura que apacible mece
Con vuelo regalado
La pompa que en el Bétis se retrata,
Ni la verdura que frondosa crece
En sus fértiles vegas, donde el oro
Brilla lozano en las suaves pomas,
Y en eterno matiz arden las flores,
Ni, en fin, los esplendores,
El gallardo decoro,
La gala, el chiste, el brío,
El donaire (¡ay Dios mío!)
Con que, de amor deidades soberanas,
Resplandecen las ninfas sevillanas,
Nunca al pobre Forner comunicaron
El deleite que en tantos inspiraron.
¡Oh amor! el yugo con que dulce domas
Los pechos más cerriles
Cuando bullen los años juveniles,

(2) FORNER dejó esta sátira sin concluir. Así se halla entre sus borradores.

(1) Cañuto. Voz anticuada: *sofión*.